

PRIMER CENTENARIO DEL NACIMIENTO DEL P. NEMESIO OTAÑO EGUINO Azcoitia (1880-1980)

Por JOSE IGNACIO ALBERDI EGAÑA

(Trabajo premiado en el Concurso convocado por el Ayuntamiento de Azcoitia, con motivo del I Centenario del Nacimiento del P. Nemesio Otaño)

El pueblo de Azcoitia se dispone a celebrar una importante efemérides: el Primer Centenario del nacimiento de un ilustre hijo suyo: NEMESIO OTAÑO EGUINO.

Esta conmemoración, tan justa y merecida, por cuanto supuso de aportación a la música sagrada en especial por parte de él, debe ser un motivo más para recordarle en sus facetas humanas y musicales, tan llenas de brillantes testimonios, que nos hagan revivir las mejores resonancias de su música y —fundamentalmente— el mensaje tan claro y elevado que él, como pocos, vivió y nos legó a través de su música y de su entorno.

* * *

El renombre que en vida alcanzara el personaje cuyo centenario ahora se conmemora ha ocupado numerosas páginas de periódicos y revistas, pero difícil encontrar una pluma que siguiera tan de cerca y con tan singular cariño y admiración al P. Otaño como su paisano y compañero de la Orden de San Ignacio, el padre Victoriano Larrañaga.

Gracias a sus numerosos apuntes hemos podido admirar la valía del genial músico que fue el P. Otaño.

Nacimiento y niñez

Del matrimonio formado por D. José Luis Otaño, natural de Vergara y Dña. María de las Mercedes Eguino, de Azcoitia, nace en la madrugada del 19 de diciembre del año 1880 un niño. Es bautizado al día siguiente en la Iglesia Parroquial de la Asunción de la Santísima Virgen. Se le imponen los nombres de José María Nemesio. Fue bautizado por el párroco de la villa, D. Pedro Aldalur. Padrinos: el Excmo. Sr. Conde del Valle y en su representación D. Luis de Unceta y Dña. M.^a Vicenta Aramburu, ambos de Azcoitia. Actúan de testigos: D. Miguel Beloqui y D. Joaquín Azpiazu.

A los cinco años fallece su padre D. José Luis (médico de la villa) y pasa a vivir con sus tíos Fernando Itarte e Isabel Eguino en Escoriaza.

Para los seis años conectó con el mundo de la música, familiarizándose al poco tiempo con los estudios de piano y órgano. No le faltó desde el inicio la ayuda de competentes maestros: D. Victoriano Balerdi (organista de Mondragón); D. Secundino Esnaola (que más tarde, en 1902, fue nombrado Director del Orfeón Donostiarra); Don Faustino Sarasola, discípulo de Gorriti, etc.

Vocación religiosa y estudios musicales

Siente la llamada de la vocación religiosa y deseando ser jesuita ingresa a los quince años en el Noviciado de Loyola. Aquí empieza a familiarizarse con el órgano y tiene la suerte de poder hacerlo, compaginando con los estudios religiosos, en el nuevo gran Cavallé-Coll que se montó en el Santuario siete años antes (1889) y en cuyo concierto inaugural actuaron los organistas D. Felipe Gorriti y D. José Ignacio Aldalur, este último natural de Azcoitia y durante muchos años organista de la Parroquia de San Sebastián de Soreasu, de la vecina villa de Azepeitia.

Aquí en Loyola se relacionó mucho con los organistas azpeitianos D. Toribio Eleizgaray y D. Ignacio F. Eleizgaray. Desde pronto llama la atención su facilidad para tocar el órgano. Recibe oportunas instrucciones de los grandes del instrumento rey, como Guilmant, Waldner, etc., que le inculcan profundece a Bach.

El año 1900 se traslada de Loyola a Burgos para sus estudios humanísticos. En el Colegio de la Merced de Burgos se hace cargo del Coro y conoce a Federico Olmeda del que recibió valiosos consejos sobre composición, dirección y folklore.

De 1901 a 1903 estudia Filosofía y Ciencias en el Colegio Máximo de Oña (Burgos). Debido a su delicada salud se ve obligado a permanecer en la enfermería, lo que aprovecha para leer el archivo musical y empaparse de la música de Bach, Haendel, Mendelssohn, Gounod, Verdi, Wagner, Beethoven, Schubert y Chopin.

De Oña pasa a Valladolid (1903 a 1907) para estudiar Magisterio. Aquí, en esta tierra castellana, es donde cimenta debidamente su formación musical, a la que se entrega con tesón (lo que más tarde le permite expresar su célebre frase de «lo que se ha mamado y digerido bien, se asimila para siempre»).

Cualificados profesores siguen cuidando sus estudios: Vicente Arregui se dedica a enseñarle armonía, composición e instrumentación. Vicente Goicoechea (natural de Aramayona) en el contrapunto y polifonía religiosa. Jacinto R. de Manzanares le da armonía y Facundo La Viña, piano.

El verano de 1904 convive en el Monasterio de Silos, a instancias de Vicente Goicoechea, saboreando el canto gregoriano. Realiza estudios paleográficos con el P. Casiano Rojo.

Los contactos con D. Felipe Pedrell, su guía en estudios históricos y musicología, le descubren el contenido y sabor del folklore.

Lee con frecuencia en la revista *Civiltà Cattolica* artículos del padre jesuita Angel de Santi, que le ayudan a ver el valor de la liturgia y el puesto que le corresponde a la música como parte integrante de la misma. El P. de Santi fue el autor, con el Papa Pío X, del *Motu Proprio*.

En el Colegio de San José de los padres jesuitas de Valladolid, tras sus sólidos estudios musicales, el P. Otaño siente la necesidad de transmitir sus inquietudes musicales. La puesta en marcha de la reforma de la música religiosa propuesta por el Papa Pío X en su *Motu Proprio* (23-XI-1903) encuentran en él y en Goicoechea dos fidelísimos propulsores en España que contarán con el apoyo incondicional del Arzobispo de Valladolid Cos y Macho. Pero cuanto hizo el P. Otaño por el desarrollo de la música sagrada y de sus congresos lo trataremos en otro apartado.

Sigamos con sus destinos y vivencias musicales.

En 1907 vuelve de nuevo al Colegio Máximo de Oña (1907 a 1910) para hacer los estudios de Teología. Aquí forma un coro de 80 voces.

Tras la celebración de su primera Misa pasa a Comillas como director de la Schola Cantorum. El informe, sumamente positivo, que en su día diera D. Vicente Arregui, compositor y Maestro de Capilla de la Catedral de Valladolid, sobre las cualidades del joven jesuita fue decisivo.

En Comillas hizo una gran labor de dirección coral y como compositor. Formó su célebre coro que ofreció repertorio de polifonía clásica y moderna, de autores nacionales y extranjeros.

Allí compuso lo mejor de su trabajo coral, canciones religiosas y populares.

Creó escuela de compositores, organistas y directores de Coro.

Para el P. Otaño fue la de Comillas una de sus épocas más florecientes.

Fue trasladado de nuevo a Burgos: le sustituyó en 1919 al frente de la Schola Cantorum de Comillas el Padre José Ignacio Prieto.

En Burgos fundó la «Schola Cantorum de Burgos» en donde contaba con el aprecio del Cardenal Benlloch, que le desea para atender la escuela de canto y composición del Seminario de Burgos.

El 8 de noviembre de 1920 fallece en Vitoria su madre, Dña. María de las Mercedes Eguno y Larrañaga. Los funerales se celebran en la Iglesia Parroquial de Azcoitia el 10 de noviembre.

Con motivo de la muerte de su madre compuso el año 1921, dedicándola «a la buena memoria de mi Madre», la *Elegía (In Paradisum)* sobre el tema gregoriano del *Subvenite, Sancti Dei* para violoncello y piano. Esta obra la escribió para el eminente concertista D. Gaspar Cassadó, que éste la hizo escuchar en muchos recitales por Europa y América.

Cabe destacar que, con motivo de la VIII Semana Musical de Rentería celebrada los días 19 al 29 de mayo de 1980, en el acto de apertura pronunció una interesante ponencia el P. Jesús María Muneta, Director del Instituto Turoense, sobre *El Padre Nemesio Otaño alma de la reforma de la música religiosa en España en la primera mitad del siglo XX*; y que en el concierto de clausura la Orquesta, bajo la dirección de D. Carlos Ibarra, interpretó la *Elegía* del P. Otaño, actuando como violoncellista D. Pedro Corostola.

Recorre el P. Otaño en 1920-21 varios países europeos (Francia, Alemania, Italia, Inglaterra, etc.) ampliando sus conocimientos mu-

sicales y sus amistades con los más renombrados compositores y organistas de esas naciones. En la Isla de Wight (Inglaterra) pasó una larga temporada estudiando a fondo el canto gregoriano junto a los monjes solesmenses que estaban desterrados allí.

A su regreso investiga sin cesar en diversas catedrales (Toledo, Ciudad Real, etc.) y en Simancas, consiguiendo recopilar valiosos datos sobre partituras de música sagrada y cancionero militar.

Coincidiendo con el Cuarto Centenario de la Herida de San Ignacio, el año 1921, el Padre Otaño toma parte, al frente del Coro Parroquial de Azcoitia, en los actos conmemorativos celebrados en Loyola.

El día primero del triduo, los cantores azcoitianos entonaron con vigor en las escalinatas de Loyola su versión de la *Marcha de San Ignacio* compuesta por él el año 1917 en Comillas para ocho voces mixtas y orquesta, así como su famoso himno *Baldako* escrito para esta ocasión. En julio el Coro azcoitano actuó en Burgos.

En la Misa que se celebró en la Basílica pronunció una extraordinaria homilía D. José de Eguino, hijo de Azcoitia, que estaba de Párroco en Irún. Precisamente el Nuncio de Su Santidad, Tedeschini, a su llegada a España para su Nunciatura, se hospedó en ocasiones en casa de D. José en Irún.

De Burgos pasó a Madrid llamado por el Obispo de Madrid-Alcalá, Doctor Melo y Alcalde, para tratar de la puesta en marcha de un viejo sueño que el P. Otaño nunca olvidaba: la creación de una Escuela Superior de Música Sagrada en Madrid. Dificultades económicas les hicieron desistir de su empeño.

En su corta estancia en Madrid dirige la Capilla de la Residencia La Flor al frente del Coro Mixto formado por él.

El año 1922 es destinado a San Sebastián siguiendo instrucciones de sus superiores que consideraron oportuno, dadas sus extraordinarias cualidades organizativas y apostólicas, apartarlo temporalmente de sus trabajos musicales para dedicarse a las atenciones sociales y culturales de San Sebastián.

En la capital guipuzcoana fundó, entre otras cosas, el Círculo de San Ignacio, el Colegio de San Ignacio, Centros de Cultura, el Cine Novedades y puso en marcha una interesante revista titulada *Agere*.

Estuvo en San Sebastián hasta el año 1931 y, tras una corta

estancia en Madrid, con la llegada de la República, tuvo que retirarse a su pueblo natal de Azcoitia, a casa de sus hermanos Pepe y Ricardo. Aquí se ve obligado a cuidar muy seriamente su delicada salud, dedicándose en cuantas ocasiones pudo a la composición y en más de una ocasión manifestó sentirse muy inspirado. Entre otras composiciones nacidas en Azcoitia están el *Christus factus est*, a seis voces mixtas (obra dedicada a D. Lorenzo Perosi, Director de la Capilla Sixtina de Roma); el *Tota pulchra*, a seis voces mixtas, solos y acompañamiento de órgano (obra dedicada a su paisano y compañero en la orden de los Jesuitas, el P. Victoriano Larrañaga, Profesor de Sagrada Escritura en el Colegio Máximo de Oña); el *Miserere* a cuatro voces, el *Tantum Ergo*, *Canciones Montañesas*, *Canciones para piano y violín*, etc., y procuró actualizar sus trabajos anteriores. Al mismo tiempo viajaba cuanto podía para dar conferencias.

Al terminar la guerra civil comienza una nueva etapa, «la oficial», como dice recientemente el padre jesuita José López-Calo en la revista *Ritmo* (publicación de la que en el año 1940 fue Director el P. Otaño). De ello haremos referencia en capítulo aparte.

El Padre Otaño y la reforma de la Música Sagrada en España

En líneas anteriores, al tratar de sus trabajos musicales en Valladolid, hemos indicado lo haríamos en capítulo aparte, pues opinamos que la tarea del P. Otaño en este sentido así lo merece.

La reforma de la Música Sagrada propuesta por el Papa Pío X en su famoso *Motu Proprio* fue secundada con ejemplar celo por el P. Otaño, quien, con Vicente Goicoechea, se encargó de redactar el Reglamento de la Música Religiosa, promulgado el 22 de noviembre de 1905 por los Obispos españoles y base del Primer Congreso de Música Sacra celebrado en Valladolid el año 1907.

Así como hace referencia en *Música Vasca* José Antonio Arana Martija a que «la labor previa a todos los nacionalismos musicales fue la de desterrar el italianismo imperante para sentar en su lugar música popular y nacional» (que más tarde cobró pujanza con Albéniz, Granados, Falla, Turina, Pedrell y Esplá, principalmente; y entre los vascos, destacando Guridi, Usandizaga, Azcue, Donostia, Garbizu, Escudero, Otaño, etc.), entendió el Padre Otaño que la música sagrada necesitaba un profundo estudio.

Para él la música religiosa de los siglos XIX y principios del XX había pasado por tres etapas:

- a) Hasta 1835, según los moldes de la tradición.
- b) Con la desamortización de los bienes eclesiásticos (1835), que obligó a cerrar monasterios, conventos y capillas musicales, la música religiosa recibe una caída vertical.
- c) Restauración iniciada por Hilarión Eslava, Francisco Asenjo Barbieri y Felipe Pedrell.

Para el P. Otaño, tres de los más importantes precursores del *Motu Proprio* fueron el agustino P. Eustaquio de Uriarte —un enamorado de las melodías gregorianas—, Felipe Pedrell y el Cardenal Cos y Macho.

También citaba que, en su opinión, otra de las causas de la ruina de la música sacra estaba en las disposiciones del Concordato de 1851 que reducía al mínimo las composiciones de las «capillas» catedralicias.

Concedor como pocos del ambiente musical que se respiraba, dirige las sesiones del Primer Congreso Nacional de Música Sagrada —días 26, 27 y 28 de abril de 1907—. Las palabras pronunciadas por él en el discurso de apertura son fiel reflejo de las nobles inquietudes que sentía (tenía 27 años en aquellos momentos). Por el rico contenido de su mensaje, copiamos el comienzo del mismo:

Si ha habido algún momento de mi vida en el que mi corazón ha experimentado emociones agradables, es sin duda este solemne en el que a nuestros veneradísimos Prelados, a nuestros respetables maestros, a los músicos, en fin, y artistas religiosos de mi patria dirijo entusiasmado la palabra para saludarles con un afecto indescriptible, el más vehemente de los afectos que yo jamás he sentido al traducir en palabras mis emociones artísticas más íntimas. Es la voz de la Iglesia, es la voz de nuestra conciencia artística la que nos ha llamado y unido. Al oír y atender la voz de la iglesia hemos demostrado que somos católicos y al seguir la voz de la conciencia artística litúrgica, hemos manifestado que somos artistas al servicio de la Iglesia, al servicio del culto que quiere y fomenta la Iglesia.

Al Congreso asistieron unos 700 músicos de toda España, tratándose importantes asuntos relacionados con los caminos a seguir para el bien de la música sagrada, celebrándose interesantes conferencias y conciertos-recitales de órgano entre los que no podemos olvidar los ofrecidos por los organistas vascos D. Bernardo Gabiola, de Berriz y D. Ignacio F. Eleizgaray, de Azpeitia.

A raíz de este primer Congreso se funda la revista *Música Sacro-Hispania*, en la que por unanimidad le fue encomendada su dirección. Por medio de la revista hizo una gran labor, y en todo momento, dado su logrado contenido musical, fruto de las valiosas colaboraciones que contó entre organistas e historiadores, fue solicitadísima. La revista le puso en relación con los mejores maestros de música sacra nacionales y extranjeros. Entre éstos, cabría citar a De Santi, Julio Bas, Perosi, Mitterer, Griesbacher, D'Indy, etc. La revista duró quince años, desapareciendo en 1922 al no celebrarse los Congresos de Música Sacra.

Si el Primer Congreso de Música Sagrada marcó un momento importante para nuestra música sagrada y en la popularidad del P. Otaño, cuando todavía era un estudiante a mitad de su carrera eclesiástica, es de señalar que el Segundo Congreso, celebrado en Sevilla los días 12, 13, 14 y 15 de noviembre de 1908, también recibió su valiosa colaboración y una vez finalizado el mismo, publicó su *Antología Orgánica Española*. La obra causó verdadera sorpresa por su técnica y estilo, mereciendo los mejores comentarios desde el extranjero, cuyos organistas más famosos expresaron su admiración ante la joven escuela orgánica española.

Tras los Congresos de Valladolid y Sevilla, se celebró los días 21, 22, 23 y 24 de noviembre de 1912 el de Barcelona. No faltó la participación activa del P. Otaño, que el día 21 de noviembre de 1912 pronunció una interesante conferencia sobre el tema *Música Litúrgica Moderna* en el Palau de la Música catalana. Los ejemplos corrieron a cargo del «Orfeo de Cassá de la Selva».

Durante la Misa de la fiesta de Santa Cecilia predicó el P. Otaño, alentando a cuantos participaban en el engrandecimiento de la música sagrada.

En este Congreso publicó su libro sobre *Legislación de la Música Eclesiástica*.

La época de más esplendor de los Congresos de Música Sagrada puede considerarse en torno a estos tres primeros de Valladolid, Sevilla y Barcelona.

Siempre entendió el P. Otaño que como consecuencia de los Congresos de Música Sagrada se encendió el calor popular y agradeció la colaboración de celosos organistas, ya que gracias a ellos se obtenían interpretaciones dignas.

Hubo en aquellos tiempos más de seis revistas que se ocupaban

de música religiosa y varias casas editoriales que se dedicaban a esta clase de música. Gracias a los Congresos surgieron gran número de compositores, organistas, liturgistas y gregorianistas, de tan elevadas tendencias y de valor reconocido que el resurgimiento español fue unánimemente aplaudido.

Años más tarde, en 1928, se celebró el Congreso de Música Sagrada de Vitoria, del 19 al 22 de noviembre de 1928. Congreso que coincidió con el 25.º aniversario del *Motu Proprio*.

Con este motivo y a modo de evocación, escribió un artículo muy interesante con el título de *En el 25.º aniversario del Motu Proprio de Pío X sobre Música Sagrada*, en donde comentó la importancia de las normas del ideario de música sagrada propuesto desde el Vaticano.

Hizo referencia en este artículo a la gran labor que se realizó en los Congresos anteriores de Valladolid, Sevilla y Barcelona, que influyeron instantánea y poderosamente en la vida litúrgica y artística de los Seminarios; y el clero joven, educado así, ocupó sus puestos en las iglesias, cantando las alabanzas de Dios con arte y piedad.

Finalizaba su escrito manifestando que *las ideas se forman y toman cuerpo en los grandes laboratorios de las colaboraciones humanas* y que a su entender este Congreso debía tener grandísima importancia por las Bodas de Plata del *Motu Proprio* y porque Vitoria, ciudad religiosa y amiga del arte, le daría el sentido y la parte que le correspondía, considerando el P. Otaño que el fin del Congreso de Vitoria debía ser reanudar la restauración litúrgica española, encauzarla y vigorizarla.

Por último, el mes de noviembre de 1954, se celebró el V Congreso de Música Sagrada de Madrid. Desde San Sebastián acudió al mismo el P. Otaño. Manifestó en carta al P. Larrañaga: *Voy con gran ilusión de poder acabar mi carrera tal y como la comencé: en un Congreso de Música Sagrada.*

Como comentaba el P. López-Calo, S.I., asistió en un carrito de ruedas, acompañado por dos ayudantes, y aún tuvo arrestos para hablar a los congresistas y tratar de transmitirles su indomable energía y entusiasmo por la música sagrada. Todos le acogieron con júbilo inmenso y con extraordinarias muestras de fervor, y sus palabras fueron, según la crónica del Congreso, *el testamento del patriarca de la música sagrada española, con un mensaje especial a las juventudes musicales de la Iglesia de nuestra Patria.* Y volvió allí, una

vez más, a tratar de su vieja idea: la fundación de una Escuela Superior de Música Sagrada.

Puede considerarse ejemplar la entrega que en todo momento tuvo el P. Otaño para la Música Sagrada, pues, en más de una ocasión, compositores de prestigio le aconsejaron escribiera más para orquesta, pues tendría así un mayor campo de expresión. Pero él tenía trazada una meta clara de su vocación artística y religiosa, ofrendada al Señor, y en cierta ocasión escribía:

Yo soy el primero en reconocer que Dios N. S. me ha concedido especialísimas gracias por vías casi incomprensibles para que yo pueda llegar a una formación, la más completa posible, en el camino emprendido. Eso me obliga a ofrecer a Dios todo cuanto yo pueda dar de mí; y es lógico y natural que yo, tal cual soy, dada la situación que ocupo y el carácter que tengo, debo de ser ante todo para la Iglesia, para el orden religioso. Jamás he tenido otra preocupación —es mi grande y única preocupación— que la de recoger en todo ese mundo de cosas aquello que debe o puede ser para la Iglesia.

La música en el pueblo vasco y el P. Otaño

Aunque los principales años de formación y actuación musical del P. Otaño transcurrieron en otras regiones distintas a la vascongada, siempre sintió gran atención por el desarrollo musical de la misma. En este sentido cabe destacar por su importancia la conferencia que en la noche del 24 de julio de 1913 pronunciara en el Salón del Centro Musical Tolosano, con motivo de las Fiestas Euskaras, bajo el título de *La música en el pueblo vasco y la música del pueblo vasco*. Conferencia que más tarde la publicó la revista *Euskalerrriaren Alde*.

Por cuanto son fruto del gran conocimiento que de la misma tenía y la preocupación que sobre su futuro se hacía en aquel momento, copiamos algunos párrafos:

Yo me felicito de hallarme ante una sociedad que va siempre adelante y mira siempre arriba; ante el noble pueblo vasco que aspira a lo grande, a lo bello, a lo puro, a lo sublime...

Pero ¿tiene la música en el país vasco toda la importancia que ella se merece, todo el desarrollo que en un país esencialmente llamado musical es lícito esperar, toda la elevación y altura, que como arte y como ciencia, como medio de educación, de expansión floreciente y de cultura general ha de poseer necesariamente?

Yo, señores, he de atenerme con nobleza a los datos que el atento examen de la realidad me presenta; sería doblemente culpable, porque con justicia se considerarán mis palabras exentas de sinceridad y vacías de patriotismo, si no expusiera en circunstancias tan favorables y oportunas todo aquello que derechamente conduce a nuestro engrandecimiento y progreso.

No es posible dudar que nuestro pueblo, elemento aptísimo para toda manifestación bella, cuya alma siente la belleza del arte de los sonidos con cierta natural predisposición, y la abraza afectuosamente con espontáneo ímpetu de amor...

Con toda la modestia me atrevo, señores, a decirlos que el nivel artístico de nuestro pueblo está bajo...

Os ruego que volváis nuestra mirada hacia esas primitivas escuelas que van desapareciendo; os ruego, sobre todo, que examinéis el estado de los encargados de fomentar, encauzar y dirigir el movimiento artístico: los organistas y los profesores de música.

El primer medio que yo considero necesario para nuestra generación artística es la fundación de un Palacio de la Música Vascongada, que sea la universidad de nuestro arte musical.

Tras indicar la necesidad de que cuantos se mueven en el mundo de la música deben de tener un vínculo de común unión de voluntades en el arte y por el arte, por encima de uniones políticas siempre frágiles y muchas veces perjudiciales para el arte, hizo esta referencia: El arte —ha dicho Wagner en su famoso escrito «Arte y política»—, el arte y la ciencia han de seguir siempre una dirección en su desenvolvimiento, eflorescencia e interés, absolutamente independientes de la vida política de los pueblos.

Para educar se necesitan educadores, y los educadores no se crean al azar, ni se forman individualmente, si no es por casualidad. Sin una escuela no es posible soñar en una restauración artística de nuestro pueblo.

Levantad, señores, un edificio, un templo al arte en una de nuestras capitales vascas, en la capital misma de nuestra provincia y dotadlo con los piadosos esfuerzos de vuestra generosidad yo os daré un Arregui, un Usandizaga, un Gorriti, maestros en el género sinfónico y lírico; un Larregla, un Rodríguez, un Mocoroa y un Urteaga, maestros del órgano; un Goicoechea y un Valdés, de fama mundial, en el género religioso, para que fundéis no ya una escuela central, sino tantas escuelas cuantas poblaciones cultas tiene nuestra provincia.

Terminó su conferencia haciendo unos comentarios a los estudios que estaban haciendo en relación al origen de la música vasca, sobre la que serían interesantes las investigaciones y recopilaciones de Francisco Gascue, Resurrección M.^a de Azkue, el P. José Antonio de San Sebastián, etc., e indicando que al vasco nunca mejor que por su corazón, es decir, en su exteriorización a través del canto en tiernísimas y conmovedoras melodías, debía conocersele.

Fue claro y sincero el P. Otaño al exponer sus criterios en esta conferencia, en un tema que como la música vasca le preocupaba mucho en aquellos momentos, dada la situación de escasa atención que por aquí se le prestaba.

Años más tarde, en 1928, escribía en elogio de los organistas y coros parroquiales, al referirse al Congreso Nacional de Música Sagrada de Vitoria, que para sí los quisieran en muchas capillas catedralicias.

Los cargos oficiales del P. Otaño

Puede decirse que tras la última guerra española, como señalaba el P. López-Calo, comienza el P. Otaño su andadura oficial. Estudio también de la música militar, cuyas recopilaciones había iniciado el año 1917, era conocido su dominio en esta materia. Las primeras autoridades de la nación buscaron su colaboración, dadas las referencias que tenían del mismo.

Realizó la transformación instrumental y coral de los toques de guerra de la colección de 1769. A sus trabajos anteriores sobre la Marcha Real se añadía ahora el Himno para el Jefe del Estado. Dispuso de orquesta y coros para ofrecer conciertos de música militar.

Su prestigio fue en aumento y ocupó la cátedra de Folklore del Conservatorio Nacional. Presidente de la Orquesta Filarmónica. Con D. Joaquín Turina y D. José Cubiles dirigió la Comisaría de la Música.

A pesar de que los nombres de D. Joaquín Turina y D. Manuel Falla sonaban fuerte para la dirección del Real Conservatorio de Música y Declamación, el puesto le fue confiado a él, así como la presidencia del Consejo Superior de Educación Nacional.

Con renovada ilusión se hizo cargo del Real Conservatorio, y así lo expresó en carta enviada al P. Larrañaga:

Esta obra será la última de mi vida tal vez, pero la más impor-

tante, sin duda, y me debo a ella de pies a cabeza. Acaso de ella depende toda la orientación de las nuevas generaciones, que será la que ha sido la mía: técnica sólida y cultura sin fin, la tradición para absorber todos sus jugos y sobre ella todo el progreso. Y concluía: Si logro formar una generación, moriré contento.

Estuvo al frente del Conservatorio, en el que sustituyó a D. Antonio Fernández Bordas, desde el 5 de julio de 1940 hasta el mes de julio de 1951 en que, a la segunda vez, dado su delicado estado de salud, le aceptaron la dimisión.

Debe señalarse que el 21 de junio de 1943 ingresó en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, leyendo una brillante ponencia sobre *El Padre Antonio Eximeno*, jesuita valenciano nacido el año 1729 y fallecido en Roma en 1808, considerado como tratadista musical e iniciador del movimiento nacionalista en música.

Su ponencia fue contestada por D. Conrado del Campo.

El pueblo de Azcoitia rindió un merecido homenaje al P. Otaño

Con motivo de la concesión de la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio al P. Otaño, el pueblo de Azcoitia le dedicó un grandioso homenaje de cariño y admiración, por su gran labor artística y cultural.

Los actos de homenaje tuvieron lugar en Azcoitia el domingo 28 de diciembre de 1941.

La jornada, eminentemente musical, dio comienzo a las ocho de la mañana con una Misa de Comunión en la que se cantaron piezas eucarísticas del homenajeado como *Dueño de mi vida, Jesús Amoroso. O cuan amabilis es*, etc.

A las nueve y media se celebró una solemne Misa Mayor, oficiada por el Obispo de Santander, D. José de Eguino, natural de Azcoitia. El sermón estuvo a cargo del Obispo de Vitoria, D. Francisco Javier Lauzurica.

Durante la Misa Mayor, el Coro Parroquial cantó la misa dominical *Orbis Factor* y en el ofertorio *Gloria in Excelsis*, villancico a dúo y coro de Goicoechea y Otaño.

A las once, en la misma Iglesia Parroquial, tuvo lugar un concierto sacro-coral con obras religiosas del P. Otaño, actuando de or-

ganistas Izurrategui, Erausquin, Luis Urteaga, Zubizarreta, destacando el coro parroquial por su buena preparación y sentido interpretativo. Actuaron de solistas Altube, Abad, Eguino y Juaristi.

Al mediodía, en el Ayuntamiento de la villa, la recepción al P. Otaño, con ofrecimiento del homenaje por el Alcalde. Imposición de la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio. Entrega de un pergamino artístico por el Alcalde de Escoriaza nombrándole hijo adoptivo de dicha villa, y, finalmente, discurso de D. José Artero, Rector de la Universidad Pontificia de Salamanca.

El pergamino que el Alcalde le entregó en nombre del pueblo de Azcoitia al P. Otaño, además de las palabras recordatorias de los méritos contraídos por el homenajeado, contenía unos compases con las notas y letra de una obra compuesta por él: el himno *Baldako*, del año 1921, sobre motivos de la marcha de San Ignacio, que decía:

*Baldako ama onaren seme zintzuari
azkoitiak nai dio jarraitu berari,
jarraitu berari.*

Por la tarde se celebró en la Iglesia Parroquial un extraordinario concierto de órgano con obras del P. Otaño, en la que intervinieron los organistas D. José Izurrategui, D. Bernardo Gabiola, D. Juan Urteaga, D. Víctor Zubizarreta, D. Jesús Guridi y D. Miguel Echeveste.

A la noche, en el frontón, tuvo como cierre de los actos un concierto vocal también con obras del P. Otaño, como *Basa Txoritxu*, *Molinera*, *Canción del Carretero*, *La Montaña*, finalizando con la interpretación de la *Suite Vasca*, para seis voces mixtas y solos, a cargo de los Sres. Juaristi, Goenaga y Eguino.

Fue un día inolvidable en Azcoitia como justo y merecido al P. Nemesio Otaño, S.I., hijo natal del pueblo.

La gran labor musical del P. Otaño

El P. Otaño, que tras su cese como Director del Real Conservatorio de Música se retiró al Colegio San Ignacio de San Sebastián, que falleció en esta ciudad el 29 de abril de 1956, dejó escritas muchas obras musicales. Podría haberlas dejado más, pero su destino temporal a otros menesteres sociales le impidieron una dedicación más plena. El mismo lo dijo —lo recordaba Muneta en su ponencia de apertura de «Musikaste 80»—:

Yo he sido muchas veces traído y llevado de aquí allí, y muchas cosas no se explican en mi vida si no es recurriendo al voto de obediencia.

Su trabajo de composición está considerado muy bien, tanto en las obras sencillas a las que se decía sabía dar un ropaje de lo popular, como en obras para varias voces y órgano, como el *Miserere* a cinco voces mixtas y el *Tota Pulchra* para seis voces mixtas y solos con acompañamiento de órgano, considerada por él como una obra moderna y que mereció los mejores elogios de organistas y críticos.

Es lamentable que hoy en día no se canten sus partituras con más frecuencia. Nuestros pueblos, empezando por las parroquias, debieran programarlo rindiéndole así el mejor homenaje de perpetuo reconocimiento hacia él.

Fue una ejemplar labor la suya, como compositor y conferenciante dotado de unas excepcionales cualidades humanas, capaz de afrontar las más difíciles cotas de superación.

Gozó de un merecido prestigio no sólo en España, en donde los Obispos le admiraban y sobre todos los organistas, sino también entre los más encumbrados músicos religiosos del extranjero, como Julios Bas, Rafael Casimiri, Lorenzo Perosi, D'Indy, Griesbacher, Mitterer, etc.

En el Santuario de Loyola se guarda el Archivo Musical del P. Otaño, S.I., así como su biblioteca. El P. José Ramón Eguillor, Archivero del Santuario, con la competencia y el celo que le caracterizan, enriquecido con la admiración que por la obra musical y cualidades humanas del P. Otaño de siempre le ha profesado, cuida tan preciada documentación con singular atención.

En este archivo están también la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio, la insignia de Director del Real Conservatorio de Música y Declamación, el metrónomo, su sello, agenda, crucifijo de los votos, fotos, batutas varias, partituras, etc.

Con nuestro modesto trabajo hemos querido ofrecer una visión de la personalidad humana y musical del P. Nemesio Otaño, S.I., tratando de transmitir —muy fundamentalmente— el espíritu y el sentido que quiso dar a su aportación a la música, pues cuanto supuso su obra musical queda perfectamente definido, entre otros, por lo escrito por D. Enrique Massó, Catedrático del Real Conservatorio de Madrid, el año 1965, que, en uno de los párrafos finales del prólogo al cuaderno V de las *Obras Orgánicas* del P. Otaño, escribía:

La obra del P. Otaño representa un momento determinado y determinante de la historia de nuestra historia musical religiosa; un eslabón más cercano a nosotros de la áurea tradición gloriosa de la música instrumental sagrada en España; una ingente cantera, a donde habrán de acudir todos: intérpretes, historiadores, críticos y estudiosos en general, con amor, para comprenderla, interpretarla, y, sobre todo, continuarla, aprovechando tan luminoso magisterio, tantos aciertos geniales, y tanta honradex artística sembrados por doquier en su páginas.

Azpeitia, 3 de Noviembre de 1980